



CAPÍTULO XII

Empieza el conflicto

EA esquila de Anarda, que recibí al día siguiente, me dejó frío:

«Venga usted acá, rezaba, conspiradorcillo y enemigo del orden establecido, que tenemos que hablar; le aguardo á las diez.»

Llegué cuando hube concluído mi guardia, y me encontré á mi linda amiga llena de preocupación y tedio.

— ¿Conque usted se reune con el padre Miranda y socios para conspirar contra el Gobierno?... ¡Pobre Comonfort! no tiene un amigo de quien echar mano; no puede hacer confianza de nadie... ¿Conque usted está ofendido contra él? Pues es gracioso; de todos creería yo que tuvieran agravios, menos de usted... Pero, en fin,

ya que tuvo el buen sentido de volver sobre sus pasos queda absuelto... Ahora tenemos novedad: acabo de saber que Puebla se ha pronunciado nuevamente, y tengo la mortificación de que mi hijo Pedro esté al lado de Mira-



món, porque Miramón fué quien se alzó con la plaza... Verá usted si se necesita valor: Miguel se puso de acuerdo con un capitán Campos, de no sé qué batallón ó regimiento. Una noche, al salir del teatro, Pedro, que es muy tracista, fingió que venía borracho, acudió uno de la policía para llevárselo á la cárcel;

pero Miramón, con buenos modos, le hizo notar que el muchacho era militar y que á donde debía llevarlo era á su cuartel... El pobre lo creyó, hizo que se abriera el principal, situado en palacio, y que se recibiera presos á Miramón y á Pedro. Campos, ya de acuerdo, levantó en las armas á la tropa que había quedado abajo, mien-

tras mi hijo, con una pistola puesta al pecho del oficial de guardia, le obligó á dar el santo... Miramón, que tiene grandísimas simpatías entre la tropa, alzó en un momento todo el cuerpo... Después ellos y la oficialidad conservadora se apoderaron del cuartel de artillería; pusieron preso al Comandante general, García Conde; hicieron rendirse á la tropa fiel, y á la fecha les tiene usted dueños de Puebla...

— Sabía el caso aunque no con detalles, pues ayer se dió cuenta de él al Congreso. Inmediatamente, según dicen, se pensó enviar á Comonfort un voto de confianza, y se mandó una comisión que zanje las dificultades que pueda haber entre los legisladores y el Gobierno, y que acabe con las disidencias que ha provocado el negocio Vidaurri...

— Está bien; pero algo hay que á mí me toca personalmente, y es la obstinación de mi hijo Andrés en marcharse á Puebla contra los pronunciados... Si el otro muchacho no estuviera allá, menos mal; pero ¿puedo consentir en que hagan dos hijos míos el papel de Atridas?

— Usted puede hablar al Presidente y conseguir que se destine á Andrés á otra parte.

— Claro que puedo; pero si logro mis deseos, el chico, que es de la piel de Judas, se marchará á engrosar una gavilla cualquiera de tropas irregulares, y quedará en peores condiciones.

— ¿Y por qué tiene Andrés ese prurito de ir contra la ciudad en que está su hermano?

— No sé; Andrés es bueno, cariñoso, lleno de entusiasmo y de energía juvenil; pero ahora, de seguro por causa de estas malditas discusiones políticas, la ha tomado contra su hermano y le ve como un enemigo personal...

— No es para tanto, señora; no hay para que se figure usted que sus hijos van á matarse en lucha personal, y que, todavía después de muertos, se han de separar las llamas de las piras que los reunan...

— Todo lo temo, Juan, todo lo temo, porque, aun cuando no lo parezca, nunca he tenido buena suerte... Pero, hablemos de otra cosa: ¿por qué no ha venido usted?... Mi marido, que es tan seco y tan adusto, no hace sino preguntar por usted: «¿Y La Llana no ha venido?»—«Hija, ¿qué sabes de La Llana?»—«El amigo de ésta, La Llana, es un chico muy gracioso y muy bien educado.» En fin, que le ha llenado usted el ojo.

— ¿Que por qué no he venido? Eso demasiado lo sabe usted. Merced al Presidente sé que el objeto de sus visitas al palacio de Tacubaya es político y no de otra clase, y que usted se dedica al descubrimiento de conspiraciones; pero yo no podía figurármelo, no podía estar en autos de todo...

— «Con asombro de mirarlo, con admiración de oirlo», le digo que no entiendo una palabra de esas cosas. ¿Que

no venía usted porque yo estaba ocupada de los que usted llama asuntos políticos, y que juzga de otra clase? Pues debe saber que ahora y siempre he tenido la facultad de hacer lo que me acomoda, y que no sólo siendo usted, como lo es, un extraño; pero aunque fuera mi confesor, mi confidente, mi amante, hablemos claro, le reconocería el derecho de espiarme y seguir mis pasos.

— Es que usted sigue los míos, puesto que se entera de si voy á reuniones sediciosas y de si hablo con este ó con el otro... En fin, creía tener derecho á enterarme de esos pasos de usted, y, quiéralo ó no, los sabré porque...

— ¿Por qué?

— Porque la adoro á usted, porque...

...
— Pase usted, mi querido Espiridión, pase, que aquí se encontrará á esa mala persona á quien busca.

Y al aparecer por la puerta la carilla arrugada como pasa, los ojos lacrimosos, la cabeza calva y la levita hasta los talones del nunca bien ponderado Ruiz de Esparza, nos quedamos como difuntos, es decir, me quedé yo, que mi compañera creo no se inmutó cosa.

— Hola, señor capitán, ¡qué caro se vende! Que le diga ésta cómo pregunto por usted... ¿Qué tal la salud? Pero antes déjeme que lo presente con mi amigo el diputado don Espiridión Moreno.

Saludé á un caballero alto, blanco de rostro, de her-

mosa fisonomía, serio como un editorial de Zarco y de más palabras de las que hacía presagiar su seriedad.

— Aquí tenemos el patriarca del ateísmo y de la impiedad, dijo Anarda riendo. Amigo Espiridión, crea que me causa miedo. ¿Cómo puede usted comer y dormir teniendo encima tantas censuras y excomuniones? Va usted á hacer que nos caiga un rayo y á traernos muchos daños... Créamelo, La Llana, el otro día dejó la casa con un olorcillo á azufre, que ya, ya...

Don Espiridión, que era urbano y comedido, cuando no se trataba de sus asuntos favoritos, se rió de buena gana y continuó conversando.

— Dígame, Moreno, ¿y es cierto que el señor Barajas, el ilustrísimo de San Luis, fué esclavo de la casa de usted?

— Él no, señora; su abuelo ó su padre sirvieron en mi casa, y tuvieron en efecto condición servil.

— Pero venga usted acá, igualitario, comunista, san-simoniano y hombre tremendo, ¿cómo, si eso pasó, tiene usted tanta satisfacción en decirlo?

— ¿Satisfacción? No, señora; ni me alegro ni me entristezco de que eso haya pasado... Mejor para él si logró sobresalir y llegar á persona.

— ¿Y le ha vuelto á ver usted?

— Sí, señora; por cierto que le dí una lección como para él solo. Fuimos hace ocho ó diez años todos los electores de Jalisco á elegir Gobernador á Guadalajara... El

nombrado, me parece que fué Cumplido... Cuando marchábamos en cuerpo á oír la misa de gracias, que se cantó en la Catedral, salió un monaguillo á darnos agua bendita... Yo, que sabía bien que aquello no se debía hacer, despedí al muchacho diciéndole: «Dile á Barajas que venga, que al fin aquí está su antiguo amo.»

— ¡Qué barbaridad! ¿Y qué hizo don Pedro?

— Salió, nos hizo una reverencia sin darse por entendido, y luego de pasada la ceremonia, fué á visitarme.

— Pues me parece que quien sufrió la lección fué usted.

— Sin embargo, no sé por qué me llaman sañudo y rencoroso. El cuarenta y ocho escribió el doctor Covarrubias un tremendo papel en mi contra, el cual se llamaba *Mordaza y freno para el diputado Moreno*.

— ¿Y qué contestó usted?

— Nada; Covarrubias se enfermó y murió al fin y detuve la publicación de mi respuesta, que se llamaba *Rayos, centellas y lluvias para el loco Covarrubias*.

— ¡Vaya unos títulos graciosos y retumbantes! Valen la pena de que usted me los copie. ¿Y qué tal el Estado del centro, Espiridión? ¿Insiste usted en que esta corrupción babilónica y sardanapalesca de México haga daño á los poderes de la nación, y cree que el Distrito Federal deba cambiarse á Lagos? Denos usted explicación de esas cosas, porque me muerdo de ganas de saber cómo se desenvolverá usted para sacar avante su sistema.

— La verdad es, señora, que me dirige usted tantas preguntas, que necesitaría ser el padre Ripalda para contestarlas. En efecto, creo que mejor estaría el Distrito en un lugar donde las diversiones, los placeres y la vida de sociedad no quitaran el tiempo y la atención á los que tienen que tratar los asuntos públicos. En cuanto á que Lagos fuera capital de un nuevo Estado, lo vería con muy buenos ojos; al fin es mi tierra y la prefiero á París y Londres, que, como usted sabe, he visitado y conozco.

— Bien hablado.

— Esta es mi opinión.

— Más precia el ruiseñor su pobre nido... ¿No es cierto?

— Sí, señora, cabal.

— Pase usted, Pancho, pase usted, informal y rey de los informales, que por estar soltando de esa boca discursos sobre todas las materias y crónicas de todas las cosas, olvida á los amigos.

Zarco, porque era él, se inclinó ante Anarda, nos dió la mano á todos y se sentó cerca de Moreno.

— Aquí tiene usted al hombre de Rousseau, al famoso Espiridión Moreno, que piensa escribir un nuevo tratado acerca de la corrupción que han traído en la sociedad las ciencias, las artes, el dinero, las ciudades y todas esas tonterías con que viven embobados ustedes los varones sin nervio ni fuerza de voluntad. Espiridión, aquí donde

usted le ve, prefiere su pueblo, Lagos, á todos los lugares de la tierra, inclusive Londres y París.

— Y hace muy santamente; al menos yo prefiero, no sólo Lagos, sino Xochimilco ó Tlaxoaco á esas ciudades.

— Jesús, ¡pero qué puritano nos ha venido usted!

— No es puritanismo, señora, es que resuello por la herida. Considere usted si seré desgraciado. Hace días que en Francia hubo una inundación en el departamento del Marne; los franceses que viven en México lo supieron, acordaron enviar socorros á sus hermanos, y yo, como redactor de *El Siglo*, consideré aquello como muy justo y debido y los excité á que formalizaran sus juntas reuniéndose bajo la presidencia de su Ministro. Como si el diablo lo hubiera hecho, ellos aceptaron mi indicación y llamaron al señor de Gabriac, que aquí representa al bendito Napoleón el chico; pero el conde, por sobra de negligencia ó por falta de voluntad, no concurrió á la junta ni se mandó excusar; resultando de ahí que los franceses, enojados, tomaran una determinación, ó mejor dicho, tomaran varias cacerolas, ollas, hojalatas, tenazas, badilas y otras cosas, y con ellas se fueron á dar la cencerrada hache al señor Ministro. Éste se indignó, puso el grito en el cielo, ¿contra los franceses?... no, contra mí que relaté el caso. Y aquí me tienen ustedes acusado de haber ofendido al representante de una nación amiga, y sujeto á gran jurado.